LA VACANTE

Fabio Romero

Image not found.

Capítulo 1

LA VACANTE

Era la primera vez, desde que estaba desempleado, que Javier Martínez tenía la absoluta certeza de que ese día no almorzaría. Todo su dinero se había ido en apenas unos meses, poco a poco, entre las impresiones de su currículum vitae, los pasajes de autobús y una alimentación apenas suficiente para mantenerlo en pie.

Mientras revisaba la sección de ofertas laborales, encontró el anuncio de una vacante, que a diferencia del resto, no decía nada acerca del cargo y simplemente se limitaba a convocar a "todo aquel que cuente con buena disposición, proactividad y pueda trabajar bajo presión". Solicitaban los documentos básicos y prometían una remuneración de 2.000 euros mensuales. Javier se colocó un traje con corbata y partió hacia las oficinas inmediatamente.

Afuera de la dirección indicada había una extensa fila de hombres y mujeres, como réplicas el uno del otro, vestidos con formalidad y una carpeta con documentos. Javier se ubicó en el último lugar detrás de un hombre calvo, un poco más alto que él.

—¿Esta es la fila para el anuncio de la vacante?

—Sí.

—¿Y sabe de qué se trata?

—No, nadie en la fila sabe. La mayoría cree que son ventas, pero da igual, como están las cosas no se puede dar uno el lujo de rechazar un empleo, ¿no? —dijo con una mueca de resignación y le dio la espalda.

Tras varias horas en absoluta quietud, la fila comenzó a avanzar rápidamente. Javier se ajustó la corbata y alisó su traje. Cuando llegó a la recepción, una mujer de unos treinta años le recibió los documentos.

—Buenas tardes, señorita. Disculpe, ¿me podría informar de qué se trata el empleo? El anuncio no dice nada.

—Mire, tenemos muchas vacantes, pero la verdad yo no tengo esa información —dijo la recepcionista mientras miraba los documentos—. Venga mañana sábado con los mismos documentos a las tres de la tarde y pregunte por Marcia Aguilera en la oficina de recursos humanos. Ahí los

tiene que entregar.

Al día siguiente, dentro de las oficinas encontró una fila casi igual de extensa que la del día anterior. Javier buscó al hombre calvo, pero no lo vio en ningún lado. Esta vez aguardaba detrás de un hombre que daba señas de no haberse rasurado el rostro en varios días.

Las oficinas estaban compuestas por muchos módulos con hombres y mujeres examinando carpetas y cajas. Javier Martínez descartó que fueran currículums dado el volumen que contenían muchas de esas carpetas. Nadie hablaba con nadie y tampoco tenían ningún teléfono.

Dos horas más tarde, estaba frente a Marcia. La mujer le recibió los documentos y lo examinó de abajo hacia arriba. Javier se estiró el traje y se acomodó ligeramente la corbata.

—Disculpe, señorita, nadie me ha informado nada acerca de la vacante, ¿me podría decir de qué se trata?

Marcia interrumpió la revisión de los documentos y miró a Javier por encima de los lentes, inclinando su rostro con la inevitable expresión de quien ha respondido la misma pregunta cientos de veces durante varios días.

—No sé nada al respecto. Los únicos que saben son los directivos y ese señor de allá en la esquina, el que tiene un chaleco gris, ¿si lo ve? Si quiere puede preguntarle a él. Sus documentos están en orden. Venga mañana a las tres de la tarde y pregunte por don Fernando Alcázar, es el jefe de Recursos Humanos y es quien autoriza las contrataciones.

—¿Mañana domingo?

—Sí, ¿tiene algún inconveniente con eso?

—No, para nada. Mañana estaré aquí.

Javier se quedó observando al hombre del chaleco gris. Tenía un semblante duro, con marcas de expresión en su rostro y el ceño fruncido. Tan pronto se cruzaron sus miradas, Javier decidió regresar a la pensión donde vivía.

En el contestador registraban dos mensajes, ninguno que tuviera que ver con alguna oferta a la que hubiese aplicado. Eran dos agentes de cobranza de bancos que reclamaban el pago urgente de las facturas vencidas. Los borró de inmediato y durmió toda la noche hasta casi el mediodía siguiente.

El domingo, a diferencia de los días anteriores, no había nadie haciendo fila. Salvo los módulos donde estaban las mismas personas trabajando en las cajas y carpetas, Javier parecía ser la única persona ajena a todo aquello. Varias veces llegó a pensar que el cargo se trataba de algo similar, pero descartó esa idea, no tenía sentido un proceso tan extenso para algo que parecía tan operativo.

Fernando Alcázar, le estaba esperando en el marco de la puerta con una sonrisa amplia. Era un hombre gordo, muy bien vestido y que usaba tirantes. Javier observó la oficina. Era muy pequeña, apenas suficiente para Alcázar, su escritorio y dos personas sentadas. Después de unos minutos, reconoció que el trato era lo más cordial que había recibido en tres días.

—Ya sé lo que me va a preguntar. Verá, Javier, usted me agrada. El tema de la vacante y sus funciones no debería preocuparle. A decir verdad, ni siquiera yo sé de qué se trata con exactitud, solo estoy aquí para verificar que cumpla con los requisitos.

Javier lo miró extrañado, mientras que Alcázar sonreía con extraordinaria tranquilidad.

—Lo noto un poco pálido… no ha comido bien por estos días, ¿cierto? Y apuesto también a que lo han estado llamando de los bancos por sus cuentas atrasadas.

Javier asintió sin decir una sola palabra.

—La situación suya no es muy diferente de la de otras personas. ¿Se fijó en las filas de ambos días? Esta es una oportunidad que no debería desaprovechar. Como están las cosas...

Dicho esto, Alcázar abrió el cajón de su escritorio y sacó un contrato de una sola página donde al final aparecía el nombre de Javier. Este trató de leer, pero Alcázar interrumpió sus observaciones colocándole un esfero al frente.

—Ahí no están las repuestas que busca. Firme y nos vemos mañana a las dos de la tarde.

Javier Martínez firmó con un trazo muy fino y salió de aquellas oficinas.

Capítulo 2

EL ÚLTIMO MUERTO

—Quisiera estar muerto –dijo Jim después de darle un sorbo a su cerveza.

—¿Qué dices? –le respondió Raymond.

—Sí, me gustaría estar muerto. Estoy a punto de cumplir los doscientos años y estoy, de algún modo que no puedo explicar, cansado. Me veo bien y mi cuerpo funciona bien, pero tengo una extraña sensación de agotamiento, no sé cómo decirlo…

—Pensé que era otra cosa. A mucha gente le pasa eso, pero creo que es nuestra tendencia natural a aburrirnos. Deberías, no sé, tomarte unas vacaciones, probar alguna actividad nueva, algo extremo. Te hará sentir más vivo –dijo Raymond mientras seguía bebiendo, con cierta indiferencia.

—No sé, creo que va más allá de eso…

—Mira, hace unos siglos la gente envejecía, se les dañaba el corazón o los pulmones y morían. Sufrían de enfermedades y otras cosas y con suerte llegaban a hasta los 120 o 150 años. Somos una generación afortunada Jim, las inyecciones regenerativas lo han logrado. Y si falla algo, un órgano o lo que sea, ¡ya tiene sustituto artificial! ¡Salud!

Cuando terminó de decir esto, Raymond apoyó su mano sobre el hombro de Jim, quien sonrió de un modo lánguido, mirando su bebida. Dio un sorbo más y se fue al váter.

Mientras se lavaba las manos, Jim se miró en el espejo y contempló su reflejo durante varios minutos. Seguía viéndose joven, igual que a sus treinta años. Pensó que no iba a saber lo que eran las canas, las arrugas, los dolores en las rodillas, la posibilidad de un infarto, la angustia por el diagnóstico de algún cáncer. Todo estaba bien y todo iba a estar bien. Con ese último pensamiento, regresó a la mesa del bar.

—Casi nada es como la gente de otras épocas pensó que sería –dijo Raymond.

—¿A qué te refieres?

—Estuve mirando películas muy viejas, como Star Wars y ese tipo de cosas sobre el futuro. No hay Skywalker's, ni dictadores con traje negro, ni princesas Leia's, ni extraterrestres… Nada de eso existe. Algunas películas acertaron con lo de los androides, pero me parece que en esa época ya tenían cosas similares.

—Esas películas son muy viejas. Los personajes y los actores envejecían…

—¿Eh?

—Bueno, es que todos nos aplicamos las inyecciones regenerativas y nos vemos igual que a los treinta o cuarenta años. Hoy en día nadie envejece. A cualquier lugar al que voy, salvo casos muy extraños, todos se ven de la misma edad. No sé, creo que no seguiré con las inyecciones.

—¿Pero de qué hablas? ¡Todo el mundo lo hace! ¿Para qué quieres envejecer? ¿Para que te duela todo? ¿Para que no se te pare cuando lo hagas con tu novia? –Raymond decía todo esto interrumpido por su propia risa.

—No sé, solo lo he pensado. En un mes tendré la próxima cita.

—No lo puedo creer. Mira, si no estoy mal, el último que se murió de causas naturales fue un tipo hace casi un siglo y no se ha vuelto a saber de ningún otro caso. Hay suicidios, accidentes y esas cosas, pero ya nadie se muere. Olvida todo eso, es una locura. ¡Podemos tomar, fumar, tener sexo con quien sea y no morimos! ¡Brindemos por la vida! ¡Salud!

Raymond levantaba su brazo con mucha energía, derramando cerveza en el suelo y la mesa. Jim lo miraba sonriendo y echaba un vistazo alrededor. Raymond siguió:

—Además recuerda que no puedes elegir lo de las inyecciones.

—¿Qué dices?

—Sí, ahora son obligatorias. ¿No sabías? Mira…

Raymond estiró su mano derecha y después de pulsar un botón en su reloj y darle un orden, apareció una proyección holográfica del presidente: "…La vida es sagrada. Gracias a los avances de la ciencia hoy podemos decir que en nuestro país no hay ni una sola muerte natural. Confieso públicamente que hace varias décadas, cuando era senador, voté en contra del proyecto de las inyecciones regenerativas. No sabía lo que hacía. Hago esta confesión por el profundo arrepentimiento que me inspira saber que estoy vivo y mi familia también. Nuestro deber como Estado es garantizar y proteger la vida y salud de todos los ciudadanos. Por eso, a partir de hoy, las inyecciones regenerativas serán

obligatorias…”.

—Es un absurdo.

—¡Relájate hombre! Ya te lo dije, tómate unas vacaciones, explora otras cosas, tienes toda una vida por delante. Ya verás que todo esto de morirte y ese bajón de nota es temporal. ¡Salud!

Un mes después, y sin que recibiera ningún tipo de aviso, tres policías y un médico se presentaron en el trabajo de Jim. Después de leerle sus derechos y ratificar la norma estatal que lo obligaba a recibir la inyección regenerativa, lo sujetaron por la espalda y se la aplicaron en su brazo derecho.

En muchos lugares del país y del planeta se replicaba la misma escena. Sin importar cuánto hicieran para esconderse y ocultar su identidad, los gobiernos lograban encontrar siempre a cada individuo y lo inyectaban, de modo que toda persona estaba a salvo del envejecimiento y la muerte. No había un solo habitante de la Tierra que no luciera como si tuviera treinta años o menos, de modo que no era posible diferenciar al auténtico joven del que rondara los doscientos años.

La imposibilidad de envejecer atormentó a Jim durante muchos años, hasta el punto en que muchos de sus amigos dejaron de frecuentarlo al ver que siempre recaía en el mismo tópico. Raymond era el único lograba levantarle el ánimo. Con el tiempo, tanto Jim como una gran parte de la humanidad, entendieron que a la muerte no había que esperarla, sino buscarla.

De manera clandestina aparecieron “agencias suicidas”, un grupo de personas en la ciudad que proveían un lugar y arma, particularmente para aquellos que habían descartado cualquier otro modo de acceder a la muerte. Jim iba por una calle cuando un hombre se le acercó y le susurró: “Agencia suicida”. Volteó el rostro y vio al hombre que le indicaba unas escaleras haciendo una mueca con su rostro. Jim lo observó unos segundos, retomó su camino y dobló en la siguiente esquina.

Meses después, habiendo repasado toda su vida y con la certeza de haber probado casi todo cuando quiso, Jim se dirigió hacia la agencia. En su interior tenía la iluminación de un bar mísero y tras la recepción podían verse muchas puertas. Después de interrogarlo para asegurarse de que no era un policía, el encargado de la recepción le explicó el funcionamiento del sistema, le cobró 100 créditos y lo acompañó hasta una de las habitaciones.

Era mucho más pequeña de lo que Jim imaginaba, aunque tenía todos los elementos de un pequeño cuarto: una cama, un escritorio con una hoja de papel y una silla. En la pared del fondo se encontraban diferentes armas,

químicos y pastillas.

—Ahí tiene una hoja de papel por si quiere escribir algo antes de morir, a algunas personas le ayuda a desahogarse. También puede optar por un veneno o somníferos, están en esa repisa.

—Prefiero un arma.

El recepcionista le enseñó a manejarla y el mejor lugar para apuntar para que no fallara en su intento. Jim atendió todas las indicaciones y el recepcionista salió de la habitación.

Media hora después, Jim se dirigió hacia la recepción.

—No puedo hacerlo.

—Si quiere vuelva a la habitación y pruebe de nuevo, tómese su tiempo. Es muy normal que la gente se arrepienta. Recuerde que no hay devoluciones de créditos.

Jim exhaló con fuerza, se cubrió el rostro con las manos y salió de la agencia. Al día siguiente retomó su trabajo y le pareció que la cotidianidad tomaba un nuevo aire, pero no por mucho tiempo, porque al cabo de unos años este aire se viciaba por la repetición de sus tareas, las cervezas en el bar con Raymond, las vacaciones en Marte, la policía y las inyecciones regenerativas, el mismo rostro en el espejo.

Ocho años después, Jim subió las escaleras de la agencia y se encontró con el mismo encargado de la recepción. Pagó los mismos 100 créditos y solicitó un arma. Luego de media hora, dejó el arma en la repisa, cruzó un par de frases con el recepcionista y salió de la agencia.

Desde entonces, esta escena se repite una y otra vez, cada cierto tiempo, eternamente.

Capítulo 3

LA ASCENSIÓN

I

No había terminado de amanecer cuando un estruendo resonó en la iglesia del pueblo, haciendo eco en cada esquina, silla, confesionario y hasta en el agua bendita, que tembló como si también se hubiera espantado.

El sacristán atravesó el pasillo que comunicaba las habitaciones con el templo, encendiendo a su paso cada luz que encontraba hasta llegar a la puerta de acceso al altar. La abrió lo suficiente como para ver con un solo ojo y asomar el brazo para encender las luces. Lo primero que vio fue el Cristo crucificado de un solo brazo. El izquierdo, causante del escándalo que levantó a los habitantes de la iglesia, estaba en el suelo partido en tres.

Se santiguó cinco veces y antes de que alcanzara el brazo del Cristo, llegó el cura seguido por dos monaguillos.

—¡Sebastián! ¿Qué fue ese ruido? ¡Ave María Purísima!

Las tres figuras se arrodillaron al tiempo y pararon junto al sacristán.

—¿Y ahora que hacemos Padre? Este pueblo se va a poner patas arriba, ni el santo Job se va a aguantar a los Jaramillo —dijo el monaguillo que parecía ser el mayor.

—Imagínese a las Marías… —dijo el otro mientras bostezaba.

—Ya veremos hijos, por ahora saquen eso de aquí y apenas termine la primera misa hablo con la diócesis para que nos envíen un escultor que lo arregle, o un Cristo prestado o algo.

Cada uno se llevó un pedazo del brazo. El sacristán tomó la mano que, además de estar pelada había perdido un dedo. Se persignó cuando lo encontró y lo besó con los ojos cerrados. El monaguillo que parecía ser el mayor cargó el antebrazo y se fue comparando el largo del Cristo con el suyo.

A las seis y media de la mañana, el sacristán hizo sonar las campanas para el primer llamado. Lo hizo tan suave, que parecían un murmullo para no despertar al pueblo, para que se le hiciera tarde ese domingo, para que no llegara a la iglesia y no viera al Cristo crucificado de un solo brazo. Con

todo, antes del tercer llamado, la mitad de las bancas ya se habían ocupado.

Cada feligrés que iba entrando se santiguaba, pero a diferencia de las otras veces, todos se dirigían hasta la banca con la mirada anclada en el brazo ausente. En la primera fila de la sección izquierda se encontraban las Marías y en la de la derecha estaba la señora Belalcázar, con el espacio vacío a su lado que vendrían a ocupar los Jaramillo.

—María Antonia, ve corriendo ya para la casa de tu tía y le dices que al Cristo se le cayó el brazo. Que se vengan todos para la iglesia, así como estén. O no, mejor que se bañen, porque tampoco está bien que salgan así como así —le ordenó María Clemencia a su nieta.

Bastaron órdenes similares en los Jaramillo y los conocidos de la señora Belalcázar para que el chisme de una iglesia con un Cristo sin brazo encendiera los oídos de todo el pueblo, cosa que ni el sacristán hubiera logrado tocando las campanas en frente de cada casa. En menos de media hora ya se había llenado hasta no caberle una persignación más.

—Ni que hubiera venido el mismísimo Papa —susurró el monaguillo que parecía mayor mirando por la puerta entreabierta que daba acceso al altar-. No es por nada Padre, pero ya va casi media hora tarde.

El cura se hizo la señal de la cruz y entró sin mirar la multitud. Se inclinó frente al Cristo, se persignó con el rostro encendido, pensando en la cantaleta de las Marías, en los Jaramillo poniendo queja por escrito al Obispo y en las uñas de la señora Belalcázar, que al final de la misa lo iban a estar enjuiciando porque ya le había advertido que ese Cristo tenía que cambiarlo. Las estatuas de los santos parecían mirarlo desde arriba con compasión. Se giró hacia el pueblo y con los brazos los invitó a ponerse de pie.

—Queridos hermanos. Como lo pueden ver, esta mañana el Cristo de la iglesia ha sufrido un accidente. Hoy a primera hora vamos a llamar a la diócesis para que nos den una solución. Esto no debe menguar la fe de nuestro pueblo ni ser tomado como una mala señal. Esas cosas pasan hermanos y hermanas, así que los invito a recibir la misa con alegría y devoción intactas.

Le siguieron murmullos, cabezas negando y la indignación de dos de las tres Marías, porque María Antonia seguía con sus pies la forma de las baldosas. A pesar de que el cura se saltó medio texto de la liturgia y hablaba sin pausas, la misa se extendió hasta ocupar el horario de la siguiente porque no se quedó ni una sola persona sin comulgar. Aquellos que no podían por no estar confesados, exigieron que al menos un monaguillo o el diácono Jaramillo se encargara de la tarea, con o sin

permiso de la Biblia.

El gentío fue saliendo de a pocos, con las cabezas girando para ver una vez más al Cristo sin su brazo izquierdo. Mientras se quitaba la estola, las Marías, los Jaramillo y la señora Belalcázar alcanzaron al cura.

—Buenos días Padre, qué bonito ver la iglesia así de llena, ¿no? —empezó la señora Belalcázar con una sonrisa mínima-. Pero venga le comento una cosa Padre, hace rato le dije lo de ese Cristo…

—Sí hija, lo sé, lo sé, pero es que con lo de las limosnas es muy difícil pensar en arreglar esos detallitos del templo.

—Padre, me perdonará usted el atrevimiento, pero es que no son detallitos como usted dice —dijo mientras le tomaba el brazo y empezaba a hundirle sus uñas-. Es que ese Cristo está muy viejo y feo. De verdad da pena y, Dios me perdone, pero es que de por sí la casa del Señor está muy feíta, mire no más esos esos confesionarios sin pintar. Vea al San Agustín por allá todo escachalandrado. No, Padre, de verdad que no.

Los Jaramillo, María Clemencia y María Esperanza asintieron con la cabeza. María Antonia esta vez giraba sobre sus pies, interrumpida por el apretón de manos de su abuela. Luego los miraba atentos unos segundos y empezaba de nuevo.

—Doña Elvira tiene toda la razón —intervino María Clemencia—. Y no solo es cosa de pintar y arreglar, sino que mucha gente ha dejado de venir. Este pueblo se está per-dien-do y en lo que usted dijo a principio no estoy de acuerdo. Eso es una señal di-vi-na. ¿Cuándo se ha visto que a un Cristo se le caiga un brazo? ¿Se acuerda usted del temblor que tumbó por allá un poco de casas en San Pedro de Iguaque? Dios nos libre, pero es que allá la gente estaba igual que acá, eso no ibana misa ni en Semana Santa, ni nada. Y mi diosito es muy misericordioso, pero uno no puede jugar con esas cosas. Este pueblo se está per-dien-do Padre y está en nuestras manos que Dios nos libre de una tragedia.

—Bueno hija, eso es una cosa que…

—Venga le digo otra cosa Padre —retomó la señora Belalcázar—. ¿Y si habla usted con el señor Alcalde o el obispado? Hace rato no se ve que hagan una donación o algo, ¿cierto? Organicen una colecta y verá. Al Señor le gusta que le tengan bien bonita su casita.

—Sí, doña Elvira, la cuestión es un poco complicada.

—Si quiere yo organizo una reunión con el Alcalde —interrumpió don

Carlos Jaramillo—. No es sino que usted diga.

Entre las uñas de la señora Belalcázar, el círculo que se iba cerrando, el aire que parecía agotarse y el sudor que iba acumulándose, el cura aceptó. Antes de una semana, ya se había reunido el mismo grupo en el despacho del Alcalde, quien estuvo más de media hora evadiendo preguntas sobre promesas sin cumplir, carraspeando antes de cada respuesta, ajustándose el cuello de la camisa y pidiendo más agua hasta que aceptó realizar una "contribución voluntaria al templo de Dios en redunda de prosperidad, misericordia y dádivas para el pueblo".

Como parte del acuerdo, la Alcaldía municipal en conjunto con la diócesis ordenó la compra de un Cristo con aureola dorada, hecho en bronce, traído desde Italia con la bendición del Vaticano y con finos hilos de sangre, porque «no está bien eso de hacerlo tan sufrido», según dijo la señora Belalcázar.

II

El día de la instalación del nuevo Cristo se realizó una procesión desde las cinco de la tarde, iniciando en la entrada del pueblo, pasando por las calles principales hasta llegar a la carretera y regresando hasta la plaza principal. A la cabeza iban el señor Obispo, el cura del pueblo y el alcalde con su familia. Seis monaguillos, de los cuales cuatro eran prestados por la diócesis cargaban el nuevo Cristo, hecho en bronce, con aureola dorada, importado desde Italia y con ligeros hilos de sangre. Detrás de ellos iba el sacristán con el incienso y la comitiva del Obispo.

Apenas dos pasos atrás, estaba la señora Belalcázar, ataviada de negro con un vestido que había reservado para ocasiones eclesiásticas especiales y que a la fecha solo había usado en esa procesión y el día en que se tenía prevista la visita del Papa antes de ir a la ciudad, aunque nunca se supo el origen del rumor, ni por qué el pueblo entero se quedó todo el día a la orilla de la carretera esperando un auto blanco con ventanas gigantes.

Acompañando a la señora Belalcázar estaban las tres Marías, todas de azul celeste, como era tradición en celebraciones como la Virgen del Carmen y el día del santo de cada una. María Antonia y su abuela estaba María Esperanza, de la que nunca se supo si era alcahueta, muda o indiferente, pero que en todo caso le permitió jugar una rayuela imaginaria por todo el pueblo mientras los demás iban inmersos en los pasos cortos, las oraciones largas, los cantos, los misterios gloriosos y el olor a incienso. Unas diez familias atrás, trataban de abrirse paso los Jaramillo, retrasados porque en las dos únicas peluquerías del pueblo no había turno y solo hasta la tres atendieron a la esposa de don Carlos.

Cuando la procesión pasó por ambas peluquerías, clientes y estilistas dejaron todo a medio terminar y se unieron al final.

Sobre las 8 de la noche, el nuevo Cristo hizo su triunfal entrada en la iglesia del pueblo. El altar estaba decorado con gigantescos pendones en color púrpura que descendían desde el techo y a los cuales iban enlazados retazos adicionales que decoraban las columnas, las estaciones del viacrucis y los confesionarios hasta terminar en la puerta principal. Cada estatua, santo o cuadro, tenía a su vez uno o dos pendones pequeños, confeccionados y cortados por la señora Belalcázar y dos de las tres Marías, porque María Antonia usaba cada retazo que encontraba para envolverse completa hasta ver solo púrpura, rodera su cintura como a manera de falda o colocar un mantel para su kit de cocina de marca gringa "made in China".

Además de los pendones, en cada columna del templo se instalaron dos velones, idea del señor Alcalde, quien argumentó razones de tipo estético, porque si bien el dinero asignado por la gobernación ordenaba la compra de bombillas nuevas, de alta duración y traídas desde Alemania, los cirios eran más elegantes y se podía ahorrar para otras necesidades municipales. Se entregaron también cirios medianos a cada persona en la entrada y, para evitar que las continuas ráfagas de viento siguieran apagando los cirios de los que estaban cerca a la salida y los velones de las columnas, el cura ordenó cerrar la puerta principal.

A diferencia del Cristo pelado, con gruesos hilos de sangre y sin brazo izquierdo, para el nuevo se adecuó una base más alta, rodeada de seis velones gigantes y fabricada por don Augusto el ornamentador, quien supervisó su instalación y duró casi media hora tratando de menguar el uso de expresiones propias de su oficio como "Marica, más a la izquierda" y "Téngalo ahí güevon", ante la mirada atónita de los presentes y los ojos como uñas de la señora Belalcázar.

—Ahí le dejo curita —dijo mientras se limpiaba las manos con un trapo.

No anduvo más de dos pasos rumbo a la salida cuando se dio cuenta de que era imposible atravesar el mar de gente hasta la salida. Se recostó sobre una de las columnas y cruzado de brazos, empezó a cabecear apenas empezó la misa.

Para el momento de la comunión, el Obispo organizó cinco filas, una precedida por él, otra por el cura del pueblo y las otras tres por los monaguillos asignadas por turno en un papel. Del mismo modo, durante la semana anterior se asignaron citas para confesar al pueblo para evitar tumultos y desmanes. A pesar de la logística impartida por la comitiva del Opisbo, la comunión se hizo tan larga que los hijos de don Carlos Jaramillo, esta vez a cargo de los cánticos, tuvieron que empezar de nuevo con el repertorio. No hubo una sola persona que no comulgara en la

misa del nuevo Cristo, con aureola dorada, “fatto in Italia”.

Después de comulgar, María Clemencia y María Esperanza rezaban de rodillas, mientras María Antonia esperaba sentada moviendo las piernas sin pausa y con la mirada anclada en los pendones púrpura que decoraban el altar mayor. Miró a las dos Marías y se fue directo hacia esos retazos de tela gigantes, más grandes que el mantel que había utilizado para el kit de cocina gringa “made in China”, más grandes la falda que se quería poner y tan grandes que pensó que podría enrollarse a sí misma cientos de veces hasta alcanzar el techo. Tomó el borde del pendón izquierdo y empezó a girar y girar, sin soltar el cirio, hasta que no veía nada más que púrpura y no se detuvo ni siquiera cuando sintió que los brazos le ardían, ni cuando las voces de los hijos de don Carlos Jaramillo fueron reemplazadas por gritos, ni cuando los ecos de la iglesia multiplicaron la angustia y la desesperación de todo un pueblo.

La línea de fuego subió imparable por todo el pendón y contagió a su igual en la derecha, a los que estaban distribuidos en las columnas, en los confesionarios y en los santos. Los primeros en intentar salir sucumbieron ante los empujones de los que venían desde atrás, acumulándose unos con otros, dejando caer los cirios encendidos, rozando al vecino con el cirio encendido y tratando de huir del vecino encendido bajo la mirada compasiva y recién pintada de los santos.

El incendio y los lamentos alcanzaron los brazos de bronce del nuevo Cristo, que poco a poco fue desprendiéndose de la cruz y se descolgó sobre el pueblo en llamas, sobre las Marías, sobre los Jaramillo, sobre las uñas de la señora Belalcázar, sobre el cura y sus monaguillos, para terminar fundiéndose en un solo grito y una sola nube de humo y ceniza que esa noche ascendió al cielo.

Capítulo 4

COMUNICADO OFICIAL

La humedad de la selva comenzaba a instalarse entre los poros del guerrillero Salazar. A medida que se acercaban al campamento de las Fuerzas Oficiales, su frente y mejillas se empapaban de sudor, las manos le temblaban cada vez más y en medio del silencio los latidos de su corazón marcaban el tempo en su garganta.

Tras varios días de recorrido, finalmente habían llegado al lugar marcado para emboscar a al campamento de las Fuerzas Oficiales. El comandante del Movimiento Libertario Bolivariano marcó la pausa con sus manos y miró a los dos guerrilleros encargados de comenzar el ataque. Un leve asentimiento de su cabeza fue suficiente para que estos dieran tres grandes zancadas al frente y lanzaran dos granadas de fragmentación.

En cuestión de segundos las Fuerzas Oficiales se dispersaron, aun aturdidos por la confusión, pero extraordinariamente conscientes de la posición del enemigo. Las balas de los fusiles iban y venían dejando huellas en el aire, atravesando las hojas y las ramas, huyendo ellas mismas de toda la confusión y buscando refugio en algún cuerpo o el tronco de un árbol.

Salazar oía atento, escondido detrás de un árbol de grosor suficiente para cubrir su menudo cuerpo. Apenas osaba asomarse para disparar con los ojos cerrados y se escondía tan rápido como los proyectiles que salían de su fusil. Repitió la operación en seis ocasiones, de las que fueron víctimas dos paredes de cemento, una mesa, una hoja seca y las otras dos se perdieron de vista en el horizonte.

Tras varios minutos de combate, los oficiales abatieron la emboscada que venía del flanco izquierdo, equilibrando el ataque y permitiéndoles recuperar una gran parte del terreno. La emboscada había fracasado. Cuando Salazar abrió los ojos, se encontró frente a un sargento enemigo que le venía apuntando desde hacía varios metros. No tuvo tiempo de lanzar ni un chillido cuando el suboficial recibió siete impactos del arma del comandante y cayó sobre sus espaldas. Los insurgentes que tenían esta escena a sus espaldas huyeron despavoridos, más por la conmoción que por la orden del comandante que anunciaba la retirada.

En una perfecta imitación de coraje, Salazar se levantó y caminó sigilosamente hacia el suboficial caído. Este lo miró con la respiración entrecortada, aunando esfuerzos para mantenerse con vida. Salazar apuntó su fusil, animado con la idea de conseguir una baja en su primer

combate. Recorrió con la mirilla la pierna, el estómago, el pecho, bordeó el resto de las heridas y se detuvo en la frente. El sargento lo seguía mirando fijamente.

Respiró hondo para contener la ansiedad, la estancia en el colegio de monjes, la culpa, la religión, la revolución, la vergüenza de volver al campamento sin una sola baja. En ese momento, una bala atravesó su hombro izquierdo y mientras caía, otra le perforó un pulmón.

– Camarada, asegúrese de que el comunicado oficial diga que murió heroicamente por la revolución – dijo el comandante del MLB.

Capítulo 5

FACCIONES

El grupo de turistas tuvo que esperar algunos minutos afuera de la cueva hasta que Javier llegara. Aunque había empezado la caminata con buen ánimo y tenía un estado físico aceptable, el sol y la extensión del recorrido lo hicieron relegarse muchas veces, obligando a que el grupo hiciera algunas paradas y lograra unirse de nuevo.

Apenas llegó, uno de los turistas se levantó de la roca grande en la que estaba y le cedió el lugar. Javier agradeció el gesto y se sentó. El guía se acercó y le ofreció agua para hidratarse, pero Javier negó con la cabeza y sacó su propia botella. El guía miró su rostro durante algunos segundos y sonrió. Luego se dirigió hacia la entrada de la cueva y convocó al grupo.

—¡Bienvenidos al Museo Arqueológico de San Pedro de Tepehuacán! Están a punto de entrar al museo con las momias humanas mejor conservadas, no solo de México, sino quizás de todo el mundo. Como ustedes ya lo saben, han pasado por un proceso de selección que solo permite que grupos de quince turistas puedan acceder a este lugar una vez por semana.

En ese momento, un destelló iluminó el rostro del guía y la entrada de la cueva que estaba a sus espaldas.

—A partir de este momento están prohibidas todo tipo de fotografías. Los celulares y cámaras tendrán que dejarlos con mi compañero y los podrán reclamar al final. Es importante que sepan que la luz, la temperatura corporal de los visitantes y la humedad propia de este lugar influyen en el proceso de conservación de las momias, por lo que debemos ser sumamente estrictos al respecto. Por favor, acérquense en orden para que reciban sus cascos.

Javier esperó sentado en la roca a que todos pasaran.

—Ha sido un recorrido difícil para usted, pero no se preocupe, aquí todos iremos al mismo ritmo. Permanezca de último y si se pierde alguna explicación no dude en preguntarme de nuevo.

El guía se quedó en silencio detallando los pómulos salientes de Javier mientras le ajustaba el casco. Este se pasó la mano por el rostro pensando en que tenía algún rastro de suciedad, pero al mirar los dedos

no encontró nada.

El guía tomó la delantera del grupo y atravesó el primer pasadizo, por el que solo era posible cruzar lateralmente y extendió su mano para ayudar a las mujeres que tenían alguna dificultad. Las paredes estaban mojadas y el piso tenía fango en algunas secciones.

—Esta es la primera cámara del museo. Recién empezó la colonización, encadenaban a los indígenas y los encerraban en esta zona. Como lo pueden ver, cuando hay temporada de lluvias esta zona se inunda hasta las rodillas. Aquí permanecían días enteros, probablemente sin comer ni dormir hasta que morían.

—¿Aquí no hay momias? —preguntó una mujer que bordeaba los treinta años y que iba siempre al frente del grupo.

—No, hemos reservado una galería central para las momias al final del recorrido, pero en algunas de estas cámaras podrán observar cerámicas, orfebrería, armas y otras herramientas de la época.

En cada estación se detenía a hacer una explicación sobre el uso particular cada objeto, pero el grupo iba perdiendo el interés a medida que se acercaban a la galería central. Solo un hombre mayor solía intervenir al principio, pero al ver que retrasaba el avance del grupo, optó por guardar silencio.

Media hora después, el grupo se reunió en el pasillo que les daba acceso a la galería central.

—Estamos en la sección que todos esperaban con ansias y por la cual han pagado un precio que sabemos es alto. Los cuerpos que están a punto de ver tienen cerca de doscientos años y, como se los indiqué al inicio, la luz afecta su conservación, así que encenderemos las luces solo por veinte minutos. Notarán ustedes el extraordinario estado de las facciones y la piel.

El guía desapareció en medio de la oscuridad y se escuchó el sonido de un interruptor. Diez luces amarillentas se encendieron en lo alto. La galería era una sección circular con una veintena de momias en las paredes y separadas de los visitantes por un vidrio. Había un espacio vacío en la que correspondía a la número doce. Cada cuerpo tenía los brazos pegados a los lados del cuerpo y miraba hacia el frente, con la rigidez propia de un soldado.

—¿Por qué tienen esa postura? —intervino el hombre mayor.

—Es una excelente pregunta. Aunque han sido examinadas por varios arqueólogos, se desconoce la razón exacta. Es probable que esta fuera

una posición de respeto al momento de encontrarse con los dioses. Sin embargo, nadie muere en esa posición, por lo que este detalle y los ojos abiertos era un trabajo de los sacerdotes.

—¿Ahí falta una momia? —señaló Javier.

—Sí, desafortunadamente está en proceso de restauración y el equipo no logró tenerla lista para hoy. Es un proceso que requiere sumo cuidado y es vital para este museo. Salvo algunos cultivos, esta es quizás una de las pocas fuentes de ingreso que tenemos.

Tan pronto pasaron los veinte minutos, el guía le señaló la salida al grupo. Se quedó algunos segundos explicándole a Javier detalles particulares del vestuario mientras los demás salían. Apagó las luces y Javier, que apenas había dado un paso fuera de la galería central, sintió un golpe en la nuca y se desplomó.

Cuando recobró la conciencia, todo estaba oscuro. Lo primero que sintió fue el ardor en sus ojos. Su boca estaba reseca, pero no pudo abrirla para remojar sus labios. Intentó moverse, pero sus manos no se despegaban de sus piernas. Apenas podía sentir una leve corriente de aire entrar por su nariz mientras que toda clase de dolores invadían su cuerpo.

—¡Bienvenidos al Museo Arqueológico de San Pedro de Tepehuacán! —dijo una voz que venía desde afuera.